

La Tradición Hermética

Federico González

(Capítulo IV de *La Rueda, Una Imagen Simbólica del Cosmos*, de Federico González. Ed. Symbolos, Barcelona, 1986)



La tradición hermética deriva su nombre, nada menos que de Hermes, dios griego, el Mercurio romano, y sobre todo del mítico Hermes Trismegisto, todos ellos instructores y educadores de los hombres, mensajeros de los dioses, personaje que aparece en casi todas las tradiciones bajo distintas formas, como emisario o intermediario entre cielo y tierra, siempre vinculado con lo que vuela, por lo que se lo suele representar con atributos alados. Asimismo se lo relaciona con audiciones, recepciones y transmisiones de mensajes. Es decir, con doctrina (1), ciencia, sabiduría y revelación. La palabra tradición viene a significar en cierta forma lo mismo que lo anterior (2), por lo que la expresión tradición hermética pudiera parecer una redundancia, si no se quisiera destacar, por el aditamento de esta última palabra, un origen revelado neto -como también señalar una circunstancia histórico cultural referida específicamente al Occidente y a los orígenes de su civilización. Por otra parte, el término que nos ocupa es también claro en cuanto indica una vía de conocimiento determinada, relacionada con los misterios menores, llamados también mundo o plano intermedio, en el camino iniciático, expresando además la idea de la obscuridad y silencio, inherentes a este sendero, refiriéndose igualmente a su naturaleza misteriosa.

La tradición hermética es, pues, una forma de la tradición unánime, universal y primigenia -adecuada al ropaje histórico y a la mentalidad de ciertos pueblos y ciertos seres- que se ha manifestado aquí y allí, conformando y organizando la cultura y la civilización. El dios Hermes es solidario con el Toth egipcio (3), puesto que, como él, representa sabiduría e interpretación hermenéutica, y virtudes de profecía, atribuidas también a Enoch y a Elías artista -patrono de la alquimia-, arrebatados ambos al cielo en un carro de fuego (vehículo francamente solar) y de los que se dice no están muertos, sino vivos, como otros personajes análogos de distintas tradiciones, de los que se aguarda su segunda aparición al fin de los tiempos, así como los cristianos esperan la *parusía* del maestro Jesús, rey de los judíos, Cristo Rey, que encarna en forma humana, para revelarnos la verdadera vida: transmisión que lo convierte en salvador y redentor. Históricamente no es demasiado difícil de advertir, que los mitos y símbolos esotéricos egipcios, judíos, griegos romanos, cristianos, árabes y mediterráneos en general conforman un conjunto que se puede relacionar directamente con los pueblos occidentales; y que esta influencia espiritual, aunque no tome formas religiosas, es indiscutiblemente válida por la pureza de su origen, y por el desarrollo concatenado de transmisión, protagonizado por sabios, profetas, guerreros y "artistas". Esto no excluye que el conjunto de enseñanzas al que nos referimos sea perfectamente solidario con otros de distintas épocas y latitudes, y hasta idéntico a ellos, más allá de los disfraces formales. En el caso particular que nos ocupa -el del emisario divino que reúne en sí la posibilidad unificada de lo que repta y lo que vuela, de la tierra y el aire, que han debido ser separados para complementarse adecuadamente a través de la pasión y el amor-, este hecho es claro y probatorio de la unidad arquetípica de todas las tradiciones, ya que esta oposición-conjunción, se halla manifestada por doquier. Lo que sí nos interesa ahora es destacar que las ciencias y artes que se han dado en llamar la tradición hermética tienen un origen común, que se manifiesta históricamente a lo largo de la vida de Occidente, y que se expresa por intermedio de una serie de disciplinas y trabajos, mitos y símbolos, que constituyen un código coherente, susceptible de ser transpuesto a todos los códigos y sistemas tradicionales, pues en verdad ellos expresan y se proponen lo mismo: revelar un conocimiento oculto, permitiendo de esta manera la conquista del verdadero estado humano, el ser original, que todo hombre ha perdido por la caída, y que lo coloca en una situación infrahumana con respecto a sí mismo, motivo por el que ha de restaurar su verdadero Yo, que se halla oculto en su interior, tan sólo vivo en forma potencial, y que debe actualizar, por la memoria de sí y el recuerdo del arquetipo original, con fe y amor, gracias a la doctrina tradicional, conocida en este caso con el nombre de hermetismo. Que le permite re-nacer (4) al estado auténticamente humano, de cara al cual los estados inferiores (5) aparecen como sueños, o ensayos, o proyectos ilusorios, o mera tontería, por no decir estúpida vanidad.

Estas disciplinas, o vehículos, llevan al aprendiz -a través del mundo intermedio- y lo colocan frente al tabernáculo, en el corazón del templo, en el eje, que igualmente comunica con la cripta o caverna, el país subterráneo de los muertos, o mejor, en el interior del sagrario, desde donde podrá iniciar su ascensión vertical, hacia la cúpula o la sumidad, que simbolizan la salida del templo o del cuerpo, lo supracósmico o lo

suprahumano. Hace tiempo que ha recibido las aguas bautismales. Incluso ya se ha liberado de las pruebas del laberinto de las formaciones. Convertido ahora, por la comunión solar, en el Rey del Mundo, el aspirante podrá entonces ser absorbido enteramente en la función sacerdotal y escapar de la cosmogonía, que se le ha revelado, utilizando su identificación con ella como un soporte vivo de transmutación inefable. Oficio de guerreros y caballeros, lo es también de sabios y artistas, es decir, de astrólogos y alquimistas, e incluye la maestría en el conocimiento. No poco es este conocimiento, en el caso de la astrología y la alquimia, disciplinas que conforman el hermetismo o la tradición hermética -los misterios menores de la antigüedad-, pues se refieren respectivamente al conocimiento del cielo y de la tierra, constituyendo ambas el saber de la cosmogonía completa, la ciencia de los ciclos y la ciencia de las transmutaciones: la "arquitectura" experimentada en forma directa (6).

Históricamente se puede detectar en numerosos puntos de la cultura occidental la aparición de corrientes de ideas, creencias, sistemas y puntos de vista herméticos, es decir, esotéricos, dentro del exoterismo de tal o cual período determinado. Si nos atenemos a la cronología cristiana, estos acontecimientos ideológicos aparecen no sólo en determinados momentos históricos -conformando períodos enteros, como en la Edad Media europea-, sino que también constituyen los antecedentes de ciertos personajes y hechos científicos, filosóficos, históricos, literarios, y aun el origen de todo un código, como en el caso de la astronomía y la matemática. Conviene, pues, situarse en algún segmento más o menos claro y computado del devenir temporal y evaluar un muestreo de acontecimientos culturales-históricos, a fin de ilustrar esta exposición, que no pretende ser un estudio histórico o sociológico.

Podemos ubicarnos entonces en la Alejandría del siglo III de nuestra era y observar la multitud de ideas, concepciones y personajes, tradiciones y culturas -incluso la hindú y la budista-, que confluyen allí, constituyendo una verdadera encrucijada de caminos, un punto de concentración de una serie de energías análogas, venidas de varias y diferentes direcciones, las cuales han de conformar posteriormente las diversas facetas de nuestra cultura. En aquellas fechas y lugar podemos encontrar al cristianismo de los primeros padres conviviendo con el gnosticismo, ambos de origen oriental. Al pensamiento griego, en particular el neo-platonismo -que ha de aparecer como una constante a lo largo de la historia de Occidente- mezclado con la tradición hebrea, y con los fragmentos de civilizaciones como la caldea, la egipcia, las del Irán, y otras, algunas de ellas perdidas u olvidadas por nosotros. No intentaremos tampoco en este ensayo, dar una visión más o menos clara de estos hechos, ni siquiera de brindar un panorama. Remitimos al lector a la numerosa bibliografía al respecto, obra de auténticos especialistas. Desde nuestro punto de vista, destacamos estas coordenadas espacio-temporales, como lugar de reunión y posterior expansión de las ideas de la Tradición Unánime, de la filosofía perenne y universal, de la doctrina, que han llegado a nosotros con el nombre de tradición hermética. Es también muy interesante subrayar que estas ideas, a través de los siglos, se han mantenido vivas hasta nuestros días. Y no sólo han sobrevivido simplemente, sino que han constituido, y aún constituyen, la trama invisible de ciertos acontecimientos

revivificadores de la historia del hombre occidental, sin la cual esta historia, y este hombre, hubieran desaparecido ya hace largo tiempo.

El andamiaje de ideas a que nos estamos refiriendo, ha de permanecer más o menos incólume y ser considerado como la sabiduría siempre oculta y esquiva, pero presente en la vida pública de la ciudad y el pueblo -como una herencia cultural imperecedera-, hasta aproximadamente el siglo XVII. Y seguirá constituyendo la médula cultural de Europa. Pero, a partir de entonces los valores más profundos, puestos en crisis por el mal llamado "humanismo", se degradarán hasta la negación de toda posibilidad de tradición y doctrina, el desconocimiento de cualquier esoterismo, y la ignorancia total referida a lo que se entiende por iniciación (7). Se ha pasado entonces a la profanación de lo sagrado y a la desacralización de la vida y la realidad, por lo que todo comienza a ser empírico e insignificante (8).

No es que esto no hubiese ocurrido anteriormente -o, inversamente, que en la obscuridad actual no exista la luz-, pero nos estamos refiriendo ahora al tono particular de un determinado ciclo. Este ciclo que tratamos, es, en términos generales, el de la cultura llamada occidental. Y está, como todo ciclo, encadenado a otro, que a su vez lo está a un tercero, y así sucesivamente. Pero esto no es todo: cada ciclo es un fragmento de otro mayor y cada una de sus partes puede ser un ciclo completo en sí, con sus sistemas de subciclos, y de este modo indefinidamente. Todo son ciclos dentro de ciclos, y la historia ejemplifica -de manera alarmante a veces- esta complejidad tan sutil como enmarañada. Pero la doctrina aparece en cada uno de ellos, de una u otra manera, por momentos brillando intensamente, en otros declinando, o escondida en la obscuridad, en el corazón de unos pocos. La tradición hermética ha estado presente en Occidente desde sus orígenes históricos e ideológicos, manifestándose a través de distintos grupos, personas o instituciones. No nos referimos exclusivamente a la filosofía griega, Pitágoras y Platón (9), Plotino y Porfirio, Proclo, ni a la soteriología de los romanos (Virgilio, Apuleyo) tampoco a los verdaderos gnósticos, ni a los primeros padres de la Iglesia, sino que queremos destacar el enorme cúmulo de hermetistas occidentales cristianos y esoteristas judíos e islámicos, que tanta influencia tuvieron sobre los constructores de la Edad Media y entre alquimistas, rosacruces y algunas órdenes caballerescas de diferentes tipos, de las cuales deriva la Masonería, organización iniciática nacida históricamente en el siglo XVIII, aunque de orígenes mucho más antiguos -inclusive míticos-, que afortunadamente ha permanecido hasta la fecha, aunque desgraciadamente es casi desconocida, aun para los propios integrantes de sus cuadros, en razón de la degradación cultural cíclica, que se da en todos los órdenes y lugares, cada vez más progresiva y veloz, y que ha hecho a la verdad tanto más misteriosa y secreta, como si se hubiera retirado realmente al interior de sí misma y hubiese que buscarla, o sacarnos los velos psicológicos que nos la ocultan de nosotros mismos. Sin embargo, la Masonería sigue otorgando la iniciación en sus logias y ésta es perfectamente válida, dado que se trata de la transmisión regular de una influencia espiritual. Son muchas las logias que en Europa y América están trabajando muy seriamente y son bastantes los adeptos que revitalizan los valores originarios.

Con respecto al Occidente moderno, podemos aceptar que las tradiciones religiosas que actualmente lo conforman y que están presentes en mayor grado en su cultura, son la judía, la cristiana y la islámica, o sea, las denominadas "del Libro". El judaísmo tiene en su religión su propia tradición y ciertos rabinos se dedican a la cábala, a las relaciones entre letras, palabras y números, al estudio, al rito y la meditación. En cuanto al Islam, su parte exotérica y su esoterismo están muy poco diferenciados. Religión del desierto, se la vivencia en forma individual, y sus prácticas, totalmente interiores, no precisan de imaginerías ni ritos complicados. El sufismo, es conocido, es la expresión del esoterismo islámico. En cuanto al cristianismo, y más específicamente al catolicismo, diremos que muchos de sus miembros han pertenecido en diferentes épocas a órdenes herméticas de esoterismo cristiano. Papas, arzobispos, obispos, cardenales, sencillos abades, o párrocos, o humildes monjes, han encarnado el conocimiento. Y no sólo entre los doctores y los sabios de la Iglesia, sino también entre sus santos y sus mártires, comenzando por los apóstoles. Sólo nos bastará con mencionar algunos nombres, dentro del esoterismo cristiano, que prueban la continuidad y la importancia de éste, no sólo en cuanto a la Iglesia como institución y al catolicismo como religión se refiere, sino en cuanto representa históricamente las raíces mismas del pensamiento occidental. Así, por ejemplo, deberíamos comenzar por Orígenes y los primeros padres de la Iglesia, para continuar con el cristianismo ortodoxo de Oriente (10), hablar del monaquismo en Irlanda, de San Benito y la constitución de las diversas órdenes de monjes religiosos, para pasar a San Bernardo, al Císter y la caballería, mencionando nada menos que a Dionisio Areopagita en el siglo V, y también a San Agustín, para llegar a Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, y al Maestro Eckhart. En este punto, es importante la aparición de un ambiente iniciático, el de los místicos de Munich, que fue para Eckhart lo mismo que la orden de los Fedeli d'Amore para Dante. Asimismo, deberíamos recordar a los artistas medioevales (Nicolás Flamel, Basilio Valentino, Bernardo Trevisano) y al hermetismo cabalístico cristiano: Raimundo Llull, Nicolás de Cusa, Marsilio Ficino y Pico de la Mirándola. También a Jacobo Boehme, Cornelio Agripa, Francesco Zorzi; y los magos isabelinos, hasta Robert Fludd y los mencionados rosacruces.

De esta manera podríamos recorrer los ciclos de las historias particulares -inscritos dentro de otros más amplios- y establecer las legítimas vinculaciones y las relaciones insospechadas de todo tipo, entre diversos acontecimientos sin conexión aparente, que nos harían ver y conocer otra historia. Y ese es el valor que en verdad tiene la historia de los personajes y los pueblos, el de poder ser tomada como un código de señales significativas o significantes, como un discurso salpicado aquí y allá de detalles reveladores. Un lenguaje criptográfico, que pudiera irnos dando una especie de espectro o panorama -de encuadre en el tiempo-, en el que leyésemos como en un libro abierto, el libro de la vida, cuya lectura ha de llevarnos a la inmortalidad a través del conocimiento de los ciclos universales, análogos a los ciclos de los hombres.

El conocimiento de "otro tiempo" en verdad está incluido en la ordenación o iniciación hermética, que supone la vivencia directa de una cosmogonía y la iniciación en sus

misterios. Y sólo se lo ha querido traer aquí para mostrar el influjo espiritual de la tradición hermética, bajo distintas formas, hasta nuestros días, en Occidente. Incluso el cristianismo ofrece una iniciación virtual por intermedio del sacramento del bautismo, o regeneración por las aguas, motivo por el cual las personas interesadas en este tipo de temas a los que nos estamos refiriendo, no tienen necesidad de acudir a tradiciones extrañas a la suya, aunque de ninguna manera debieran desecharlas, pese a la dificultad que algunas veces se tiene de identificarse con ellas (11).

El alquimista y el astrólogo trabajan solos. Así se los puede ver en numerosos grabados de la iconografía hermética. O bien estudiando, meditando u orando, cuando no absortos en la contemplación de sus hallazgos (12). La obra hermética se produce en la interioridad del *athanor* (analógicamente, del templo del hombre). Lo cierto es que esta tradición propone el conocimiento mediante el estudio de la cosmogonía. Estudiar las leyes cosmogónicas no supone la erudición literal, o el cómputo de detalles banales, que para estas disciplinas son cosas secundarias, si no a veces entorpecedoras. Conocer la cosmogonía supone ser uno con ella. Estar vivo o haber nacido al verdadero estado humano. Este hecho asombroso incluye una pérdida y un hallazgo de identidad, una muerte y una resurrección, que se realizan innumerables veces en varios años, en el *athanor* del alquimista, su interioridad. Y le da también la materia con qué seguir trabajando en este proceso alquímico, llamado también de iniciación en la senda del conocimiento y de la vida real.

Conocer una cosmogonía significa vivir el *mandala* tridimensional del cosmos. Comprender la revelación de un universo y sus leyes, absolutamente diferente del que nos fue enseñado. Donde los valores son tan otros, que únicamente pueden ser percibidos por medio de una total conversión psicológica. Este proceso necesita de un orden y de un trabajo. No sólo tiene enormes riesgos de desviación de muchos tipos (los cuales, generalmente, son parte del proceso), sino que puede resultar casi imposible de realizar, por indefinidos motivos. Se dice que es difícil, pero no imposible. En el camino pueden quedar, entre otras cosas, la salud, la fama y la honra, es decir, toda seguridad. Pero la recompensa es la identidad, el conocimiento, el ser. El aprendiz de alquimista está dispuesto a la realización espiritual, que incluye el conocimiento vivo de las leyes del cosmos, en definitiva, el conocimiento de sí mismo, y de la realidad, del orden, de la vida. Recibirá, pues, lo que ha deseado, siempre que su trabajo sea paciente y sacrificado (13) y pase las pruebas de los héroes mitológicos. Debe llevar su trabajo hermético a todo nivel en su vida y su cotidianidad, pues se trata de la recuperación de la luz -la lucidez-, utilizando el emotivo fuego de la sangre. El estudio de las disciplinas herméticas y de los textos mágicos, se alternará con la constante meditación y el trabajo interno, sagrado, y se sorprenderá entonces de verse cada vez más extranjero en el mundo de las causas y efectos (14). Ese espacio interno podrá albergar las estructuras con las cuales construir un nuevo cosmos, o mejor, las descubrirá en sí mismo y manifestándose por doquier. Podrá entonces vivir de la mañana hasta la noche -y en sus mismas horas de reposo- un nuevo mundo, cada vez más asombroso, cuya característica es la riqueza y también el esplendor. Siendo tanto lo que tiene en las manos, ha de tomar conciencia entonces de su

responsabilidad con respecto a sí, y advertir que no ha sido por su mérito, ni un descubrimiento propio, lo obtenido, sino que simplemente eso es así, y que, además, a él no le pertenece. Y es más aún, reconocerá que su personalidad, tal cual la imaginaba, no existe. Debe entonces procurar manejarse con las estrategias propias de las artes marciales y equilibrar constantemente el recorrido de su camino, el manejo de su vehículo. Este arte requiere una manipulación delicada y es probable que se aprenda a golpes; al menos se trata de una ciencia de fuertes contrastes. Pero, perseverando hasta el fin, logrará vivir en un *mandala* vivo, espejo del cosmos, donde toda cosa tiene significado, en las tensiones y matices propios de la armonía y el orden de lo creado, y de su sustento invisible y arquetípico. Habrá conocido la cosmogonía, y luego del bautismo lunar de Juan, de agua (de la ciencia de la escuadra), y de haber recibido el bautismo solar de Jesús, de fuego (de la ciencia del compás), y cuando haya culminado este último proceso, entonces podrá decirse que ha comprendido la esencia de la tierra y el cielo, lo que es simultáneo con su llegada al centro y equivale a estar ya listo para empezar su ascenso vertical, pues ha finalizado con los misterios menores.

Se trata pues de una senda mágica, donde los mismos vehículos son reveladores (15). Y cuando nos referimos al término magia, va de suyo que no estamos hablando de ninguna cosa de tono menor, donde los siempre mezquinos intereses personales están en juego y la mera individualización fenoménica es valorizada de acuerdo a patrones modernos y materializados. Nos referimos a algo muchísimo más sutil y poderoso: la auténtica estructura invisible del espacio y el tiempo, intuita directamente, que no es ya algo exterior o ajeno a uno mismo y al todo. Entre otras razones, se dice que el pensamiento analógico es mágico, porque las asociaciones y correspondencias que él provoca nos enseñan a pensar, nos hacen saber de qué se trata el oscuro recuerdo del conocimiento. Y nos transforma en verdaderos seres inteligentes, al hacernos partícipes de la naturaleza de nuestra identidad. Esta transformación psicológica, y la fenomenología que le corresponde, es mágico-teúrgica. Por otra parte, existen sistemas iniciáticos especialmente diseñados para transmitir estas verdades del pensamiento analógico. Estos métodos están cargados con el influjo espiritual de quienes los han dado a luz y con la energía de todos aquellos que han meditado en ellos. Para eso han sido contruidos -así como cualquier texto revelador o sagrado, que sin este fin no hubiera sido escrito- y se confía en su poder simbólico y sintético, que nos manifiesta la cosmogonía a través de un *mandala* -o juego de estructuras- para hacernos partícipes de ella, utilizando códigos y símbolos como el árbol de la vida *sefirótico* o el juego del Tarot.

De esta manera se transmite la energía espiritual de la revelación y la persona que está en condiciones de comprender podrá oír las voces y el llamado de la Tradición y efectivizar su iniciación, es decir, comenzar el camino del conocimiento. Para ese entonces seguramente la mayoría de los candidatos han conocido bastante el mundo que los rodea, y de una u otra manera, se han desilusionado de él; han tocado fondo con respecto a lo que la sociedad actual puede ofrecerles como atractivo, sobre todo en lo que toca al plano de la realización del auténtico ser. Es decir, que han efectuado un trabajo de depuración y selección con respecto a sí mismos, y esa búsqueda los ha traído a los temas de la

tradicción hermética, que casi nunca se encuentran de forma casual. A partir de un momento determinado -para el que hay que estar preparado internamente- se produce el comienzo efectivo del proceso de conocimiento. Las pruebas iniciáticas son posteriores a ese punto y se las asimila al paso por el laberinto. Las dificultades que cada aspirante haya encontrado hasta el momento de la iniciación, deben tomarse sólo como circunstancias preparatorias, por graves o significativas que fuesen.

De aquí en más se va articulando un proceso que, transpuesto al plano de lo temporal, ha de verse necesariamente como sucesivo y gradual, y que comprende el conocimiento de siete, nueve, o más estadios (16), según las diferentes tradiciones, y que se simbolizan en forma de pirámide en el espacio, o bien, en el plano, con la espiral -o la doble espiral- o con un juego de círculos concéntricos (los unos dentro de los otros), que pueden sintetizarse en tres grandes círculos o niveles, correspondientes a los grados de aprendiz, compañero y maestro, y a los subgrados que hubiese entre uno y otro de estos estadios.

Estas cosas son bien sencillas de comprender, aunque no tanto de experimentar honestamente, motivo por el cual cantidad de personas no han hecho sino confundirse y confundir al respecto, amparándose en la ignorancia de los demás, constituyéndose en verdaderos impedimentos de la iniciación de los puros (17), haciéndose de esta manera cómplices de fuerzas muy oscuras, que no nos atrevemos a calificar, pero que pueden formar parte de este proceso y también troncharlo definitivamente. Nos referimos expresamente a aquellos que niegan la posibilidad de la encarnación del conocimiento, a través de un desarrollo, y repudian de ese modo la divinidad del Cristo interno, contra la unánime opinión de las tradiciones. Son esas mismas personas las que, al no sentirse cualificadas para esa empresa, se permiten juzgar a los demás de acuerdo a la chatura y mediocridad de sus patrones, motivo por el cual se condenan a sus propias limitaciones, sin que por eso su deseo de dañar, y de hacer el mal, sea menos notorio. Cosa curiosa, este tipo de seres son moralistas y ciertas veces pretenden conocer algo del proceso iniciático. Son enemigos tan embozados como pueriles, que piensan que la iniciación es una ceremonia física, donde un extraterrestre impone las manos sobre un pobre ignorante y éste se transforma inmediatamente en *superman*. La iniciación sería, para estas personas, un diploma debidamente certificado y garantizado por una religión oficialista, un premio por buena conducta y puntualidad, una gratificación otorgada al mérito. Tengamos mucho cuidado con los que "saben" acerca de la doctrina, el misterio y la iniciación, falsos doctores de la ley que condenan el proceso de amor y pasión cristiana. Esta gente suele ser la misma que aquellos otros oscuros sacristanes de vocación, que pretenden ser "buenos" y "piadosos", por la bondad y la piedad misma (18), haciendo verdaderas competencias para medir quién es el mejor y el mayor entre ellos, llenándose todos de una satisfacción soberbia, húmeda y pringosa. Estos personajes, insignificantes en sí, pueden hacer grave daño, repitámoslo, legalizándose tras una ortodoxia mentida y una ubicación y un conocimiento falsos; y el aspirante debe saber que son enemigos de su evolución espiritual, a los que tiene necesariamente que vencer, en el plano de las ideas, porque es probable que sean parte de las pruebas de su recorrido y no sólo personas

inocentes y equivocadas.

Asimismo, hay otra especie que puede encontrarse a lo largo del proceso y que, junto con la anterior, constituye un bloque muy marcado, que tiene de común con ella el fingimiento, aunque el aprendiz ha de saber que innumerables peligros le aguardan en forma de muchos personajes, que no son sino la proyección externa y social de sus egos internos. Se trata, en este caso, de aquellos que entienden que dominar las pasiones es ocultarlas (19). Además, siempre con segunda intención, íntimamente asociada con el poder. Y no se permiten la menor demostración de sus emociones, procediendo con la "habilidad" de los jugadores de *poker*, de gentes con "agallas", que actúan con "sangre fría." (20)

Con muchos conceptos acontece lo mismo que con estos personajes, o egos, y son auténticos riesgos. Sin ir más lejos, con toda la terminología actualmente en uso, que corresponde a una lectura literal y materializada de las palabras y los términos, con respecto al sentido con que fueron concebidos. Esta confusión, este impedimento, no es un hecho aislado, sino que, por el contrario, constituye una muestra de la degradación cultural general de la sociedad moderna, cuyo jefe, es necesario nombrarlo, es el príncipe de este mundo, que, como tan bien se ha dicho, no sólo es un monstruo del mal y la falsedad, sino que, por sobre todas las cosas, es un auténtico estúpido y un mentiroso. Personaje que todos llevamos dentro y que nos hace vendernos constantemente por un plato de lentejas.

Por lo tanto, nada tiene de irregular un proceso iniciático que se realiza por medio de las enseñanzas, instructores y maestros de la tradición hermética -como tampoco otro que se efectúe por la judía, cristiana, o islámica- y que se desenvuelve en forma normal, pese a las dificultades, sinsabores y paradojas de todo tipo, propias de esta vía mágico-teúrgica - en la que se trabaja casi siempre en forma solitaria-, aunque su realización se produzca en un medio tan irregular como el mundo moderno. Y es necesario advertir, a las personas a quienes comienzan a sucederles ciertos hechos referidos a la apertura de su conciencia y les nace compartirlos, que deben tener cuidado, porque estas cosas son peligrosas. Pero, también pudieran sentirse lo suficientemente seguras como para vivirlos con otros, u otro, entre los cuales se encontrará el Espíritu, según se dice en los evangelios. Igualmente, se afirma que: "buscad y encontraréis", y, asimismo, un adagio hermético asegura que: "cuando el discípulo está, aparece el maestro". Este último, si la actitud es adecuada, surgirá de todas maneras. Es conveniente aclarar, por un lado, que nadie puede agregar un sólo codo a su estatura, motivo por el cual ha de llegar hasta donde puede y debe, en el recorrido de la vida y el conocimiento. Por otro, que al aspirante, a pesar de sus múltiples méritos, todo le ha sido o le será enseñado. Que ningún hombre puede ni podrá conocer estos secretos, ni descubrirlos por sí mismo, si no es por revelación y por su participación en una cadena iniciática, con la que se enlaza. La vía que aquí se propone es la simbólica de la tradición hermética y su relación con la simbólica y la mitología universal. Donde un símbolo o mito no resulta claro, en tal o cual contexto, se busca la analogía

correspondiente en esta o aquella tradición. Las transposiciones y relaciones que se efectúan con los símbolos constituyen gran parte del trabajo hermético. Un símbolo chino, o precolombino, puede iluminar inmediatamente un símbolo europeo y de esta manera constituirse en parte integrante de un juego de relaciones, de ideas, que si no fuese por su participación, no pudieran efectuarse. Debe recordarse, una vez más, la energía-fuerza atribuida a los símbolos en general y a los de la tradición hermética -en este caso particular- y a su irradiación mágico-teúrgica. También debe prestarse atención completa a los textos de los sabios, hierofantes y magos, que actúan de una manera especial, entre quienes son capaces de recibirlos, y los conducen al jardín del paraíso, o estado adámico, restituyéndolos al andrógino original. En todo caso, debemos señalar, para finalizar, que seguramente es muy beneficioso el transitar específicamente una tradición religiosa determinada, y practicar el rito exotérico correspondiente. Pero de ninguna manera es imprescindible, pues los misterios de la tradición hermética -que no es religiosa- y la iniciación en los mismos, no sólo constituyen el patrimonio vivo de Occidente, sino también, acaso, su razón de ser, como un gesto, o un color, en el espectro de la historia humana.

NOTAS

onfundir con la estrechez y el fanatismo de lo dogmático. (Retorno)

atín *tradere*: transmitir. (R)

ie míticamente se le suele atribuir la paternidad del código del Tarot. El ave Ibis es uno de sus símbolos. (R)

ocer = co-nacer. En francés es más evidente: *co-naitre*. (R)

-*nus*. (R)

amos que no debe asociarse los misterios menores con el budismo *hinayana* y los mayores con el *mahayana*. El *hinayana* designa el pequeño vehículo y significa la vía que el adepto, o el monje, efectúa por sí y para sí. El *mahayana* o gran sendero, es la realización que no se produce "hasta que la última yerba sea redimida", es decir, la que se alcanzaría conjuntamente con todos los seres sintientes. Esta diferencia no cabe entre los misterios menores y los mayores. Tampoco que los misterios menores correspondan a lo que ha dado en llamarse la vía húmeda y los mayores a la vía seca. Ni que los primeros sean lunares y los segundos solares. Los misterios menores corresponden a la totalidad de la obra alquímica y a la astrología y, por lo tanto, a la vía lunar y a la solar, la obra al blanco y la obra al rojo, los pequeños y los grandes viajes. En los misterios mayores, la idea de viaje, y aún la de movimiento, carecen de sentido. (R)

nos toman específicamente el año 1492 como encrucijada de este fenómeno histórico. Efectivamente, en esa época se unifica la España católica, se descubre América y son expulsados los moros y los judíos (e incluso los gitanos) de la península Ibérica. Este tema exigiría un largo desarrollo, que alguna vez intentaremos. (R)

¿Más está decir, que esta degradación también afecta a la Tradición Hermética, que en muchos casos ha degenerado en parodias e instituciones pseudoespiritualistas, ocultistas, teosóficas y en toda suerte de fraternidades y cofradías que han usurpado determinados conocimientos, rebajándolos a la trivialidad de su lectura literal. Lo mismo acontece con los nombres y terminologías de la auténtica tradición, con los que se comercia en forma descarada, cuando no "filantrópica". (R)

¿En es Platón?, nos hemos preguntado varias generaciones de lectores. (R)

¿Ya no existe el esoterismo dentro de esta forma tradicional, y no exclusivamente localizado en el monte Athos. (R)

Normalmente no es difícil conectarse con miembros o representantes de tradiciones orientales, ya sea viajando hacia ellos o asistiendo a cursos y ritos en distintas ciudades europeas o americanas. Especialmente maestros taoístas y zen budistas, así como lamas del budismo *mahayana*. Igualmente existen en Occidente *tarîqahs* islámicas, entre las que podemos citar, en ciudades de lengua castellana, la de Granada (España) y Buenos Aires (Argentina). La tradición hindú es, desgraciadamente, la víctima más notoria de todo tipo de fraudes. Donde esto es más evidente, es en la propia India, y aun en ciudades sagradas como Varanasi, Rishikesh y Harivard. Estos mismos peligros existen dentro de la Tradición Precolombina, o mejor, entre algunos que pretenden conocerla o aun representarla, lo cual no es el caso, por supuesto, de sus auténticos jefes, maestros, o de sus *medicine men*. (R)

¿A la contemplación se la puede vincular, en mayor grado, con la energía celeste, mientras que a la acción se la puede conectar, más directamente, con lo terrestre. (R)

¿Cuál es el sentido de *sacrum-facere*. (R)

¿Cómo resalta destacar la fuerza energética de la oración, su poder de concentración inmediato, la necesidad de la invocación incesante de los nombres divinos, su repetido recuerdo, su memoria traída constantemente al siempre Presente. (R)

ordar los numerosos caballos mágicos, o que hablan, de las distintas tradiciones y folklores. (R)

la tradición hermética suelen tomarse a veces como diez a estos grados, siendo los siete primeros los de construcción del ser o templo interno, el octavo de pasaje, el noveno de conclusión de la Obra, y el décimo, el de coronación de la misma o virtual salida del cosmos o de la perspectiva espacio-temporal simplemente humana, que se ha ido modificando poco a poco a lo largo del proceso. (R)

s puros, los no compuestos ni dobles. Los valientes y generosos aspirantes al conocimiento. Nada que ver con las piadosas "hijas de María". (R)

no los que desean ser ascéticos o estoicos, por la ascética y el estoicismo como fines, y no como simples vehículos o medios, que aparecen en el camino. Una vez más se hace de un relativo un absoluto. (R)

lugar de utilizar ese fuego y domesticarlo, de tal suerte que facilite la transmutación. (R)

l los chicos malos del paseo, o aquellos que ya "lo saben" o que confunden su megalomanía con la verdad. Su deporte es la constante manipulación. (R)